

Un cuerpo propio

María Magdalena Aranda Delgado

En uno de mis recuerdos más tempranos estoy frente al espejo largo del ropero de mi cuarto. Era una tarde de sábado en verano, hacía calor y estábamos solas mi madre y yo. Mi hermanita dormía en su cuna y mis cuatro hermanas y dos hermanos mayores habían ido al catecismo como cada semana. Era el día en que mi mamá lavaba y limpiaba la casa a profundidad, montones de ropa limpia en las camas esperaban ser doblados y acomodados. En el patio sonaba el *chaca chaca* de la lavadora y los tendederos rebosaban con ropa secándose al sol. Tengo unos tres años y mi madre acababa de bañarme. Encremada, me tenía descalza parada sobre la toalla en el piso, ya me había puesto también camiseta y calzones. Yo aguardaba mirándome el cabello largo y húmedo. Ella buscaba entre los ganchos el vestido que me pondría. Divertida con mi reflejo, se me ocurrió enroscar mi camiseta y calzones para que pareciera que usaba bikini, bai-

lé juguetona con todo el cuerpo, mi pelo ondeaba, sintiéndome toda a gusto. Me recuerdo embelesada, meneándome placentera y fresca. “A las niñas que hacen eso se les aparece el diablo”, mamá rompió el trance. Confundida y avergonzada, creí que había hecho algo muy malo. No sabía si lo decía por haberme enroscado la ropa y mostrar la panza o si mis movimientos eran los reprobables. No comprendí. Esa noche tuve pesadillas y varias veces después también. Me despertaba gritando porque creía haber visto al demonio y claramente lo relacionaba con ese episodio. Me sentía mal. Durante años evadí cualquier artefacto que me devolviera el reflejo de mi cuerpo entero, primero por el miedo judeocristiano impuesto, luego porque gracias a la socialización rápidamente mi vergüenza creció. Me enteré de que era gorda y de que mi panza no era digna de verse o apreciarse. Acallé el instintivo deleite de mis lonjas temblando al danzar.

Como toda familia tradicional y católica, mamá y papá procuraron exhaustivamente dar a sus descendientes una formación religiosa. De ahí que aprendí desde pequeña a relacionar libertad y goce corporal con maldad y pecado, a perseguir el pudor. Mi cuerpo no era mío, era el templo de dios. Así que mis referentes lúdicos los tomaba de mis lecciones de catecismo, ejercicios de acción católica para niñas o las clases de liturgia.

Jugaba a ser sacerdote, la madre de Lucifer, a ser actriz y tener mi propia casa. Hasta hace poco he podido recuperar algunos momentos de mi infancia. Los había mal editado por dolor de orfandad y por el bajo autoaprecio generado por la constante extracción de mi cuerpo, supongo. Tenía un cuerpo, pero no arbitrio sobre él. Sí recordaba los juegos donde me acicalaba preparándome para salir a escena; me colgaba todas las joyas de fantasía de mi madre. Mi favorita era un collar de pequeños corazones de plástico azul, era tan largo que podía darle cinco vueltas en mi cuello, formaba uno grueso y brillante ¡precioso! Además me maquillaba con los labiales café chocolate regalados por mi tía. Jamás olvidaba el perfume, mi madre tenía varios y en cada juego robaba un poco de algún frasco para que no se notara el gasto. Seguro mamá lo olía, curiosamente por ese cándido atrevimiento nunca fui reprendida. Yo escribía, dirigía y actuaba las obras, adoraba reproducir la escena en la que volvía al camerino a recibir muy cansada pero feliz todos los ramos de flores que me enviaban mis admiradores.

Por supuesto que me acuerdo de las casitas hechas con rejas, cartón y sábanas viejas que me construía mi hermana mayor cada vez que se lo pedía;

yo corría las cortinas para no ser vista, amaba esa sensación, eran esos los únicos momentos en que tenía un lugar para mí. Debían fingir el *toc toc* para que les dejara entrar. Crecí compartiendo habitación, en una casa con cuartos contiguos amplios sin puertas y un patio grande, la privacidad era para mí el paraíso prometido.

También estaba en mi memoria ser la madre de Lucifer. Mi hermana pequeña había escuchado en el catecismo ese nombre y parecía muy lindo para ponérselo al banco de junco que hacía de mi hijo cuando jugábamos un sábado por la mañana mientras mi madre lavaba. En el juego, yo lloraba amargamente porque Lucifer se había perdido y mi hermanita, que la hacía de vecina, me acompañaba por toda la casa gritando su nombre buscándolo. El agobio de mi madre se aprontó, con el rostro desencajado intentó regañarme. ¡Cómo no sabía que Lucifer era el demonio! No me atreví a decirle que mi hermana había propuesto el nombre, menos osé aceptar que no había aprendido eso en las numerosas clases de religión a las que me mandaba. Pobre, creo que varias veces puse su misericordia en serios aprietos. Sin nostalgia ni rencor tengo presente el momento en que, teniendo seis años, con tremenda bofetada me enseñó el significado de la palabra “sacrilegio”: un domingo a la salida del servicio religioso de las siete de la mañana del templo de San Marcos, cuando le dije molesta que “yo no quería ir a esa mugre misa”. –Eso es sacrilegio–, sonó discorde el choque de su palma extendida y pesada en mi boca. *Big word* para la pequeña.

Fue mi hermana y compinche infantil preferida quien me recordó que jugaba a ser sacerdote los días que mamá se dedicaba a planchar. Para llevar a cabo dicha labor, precisaba de una mesa amplia y la que estaba en la cocina era la ideal. Ahí planchaba un cúmulo infinito de ropa, paciente quitaba arrugas a cada prenda, incluso a las diez sábanas matrimoniales que mudaba cada semana. Mientras nadábamos entre el calorcito del vapor con olor a limpio, yo ponía un par de sillas de frente para simular la mesa del altar, lo cubría con un mantel improvisado hecho con servilletas para las tortillas, colocaba en el centro un vaso para emular el cáliz y una galleta María que la hacía de hostia. Oficiaba misa recitando de memoria pasajes del servicio, no me faltaban los ademanes del ritual que los curas recrean. Según ella, yo la obligaba a hincarse para darle la comunión y extendía mis brazos diciendo ¡Oremos!

Me alegra pensar que desde niña me salía el deseo por escribir una historia de reconocimiento social que yo dirigía y actuaba; por pedirle a mi hermana

mayor que me ayudara a construirme un lugar que sólo fuera mío. Me resulta muy divertido que mi idea de maternidad era desde entonces dar a luz a la desobediencia y buscarla a gritos con mi hermanita: desacralicé el sacerdocio católico: ¡una niña en el púlpito consagrando galletas! Intuitivamente mi cuerpo, con todo su poder, era mío en mis juegos infantiles.

Hubo momentos lindos en mi niñez. Me encantaría decir que tuve una infancia feliz, pero, a decir verdad, vivía preocupada. Cuando hice la primera comunión recuerdo haber estado pensando que eso era un asunto muy importante. Me habían dicho que iba a recibir a dios, finalmente vendría a fundirse en comunión conmigo, en su templo, mi cuerpo, al que yo le daba raquíutico mantenimiento. El templo se mantenía digno, según aprendí, si me portaba bien, era obediente, no peleaba y me mantenía en silencio. Eso me angustiaba. Ideaba cómo apaciguar mis ganas irrefrenables de platicar lo que aprendía, ganas que luego me hacían sentir metiche y presumida; cómo ser dócil cuando me parecía tan difícil hacer comprender a mi familia que a veces creía que había otras formas para hacer las cosas; cómo hacerle para encontrar momentos en donde pudiera sumirme solita en mis divagaciones sin que me encontraran y me acusaran de floja; sentía imposible evitar reñir con mis hermanas. Cavilaba en que esos eran mis pecados: dar mi opinión, desobedecer, pensar. Qué feminista casualidad.

La primera vez que escuché la consigna “la revolución comienza en el propio cuerpo”, me pareció genial. Ya había iniciado intuitivamente el complejo proceso de expropiación corporal que las feministas, tarde o temprano, emprendemos para comprender y hacer frente a la violencia sistemática que vivimos. Había tanteado lecturas feministas con las que identifiqué que la condición de género sirve a las sociedades para estructurarlas y sabía del estatus de inferioridad de las mujeres. Un pero atribulado me atravesaba: ¿cuál revolución y con qué cuerpo si el mío no me pertenecía?

Sabía que no era dueña de mi cuerpo. Lo sometí durante años a dietas extenuantes e inanición para caber en un vestido, para gustar a otros, importaba más la prenda que el cuerpo que lo usaba. Durante años minimicé el disgusto que sentía cuando cualquier hombre conocido o extraño miraba lascivamente a otras mujeres o a mí, normalicé la intromisión violenta de sus opiniones públicas sobre nuestros cuerpos. Deseé, como la gran mayoría de las mujeres heterosexuales, tener atención masculina, creyendo que la forma de nuestras nalgas o pechos nos conferían algún tipo de valor. He caminado con miedo e inseguridad.

ridad en la calle por la noche. Por mucho tiempo procuré no provocar con mi atuendo las miradas ajenas. Acepté presionada acercamientos sexuales sin desearlos. Me tragué el cuento del instinto maternal creyéndome una aberración por no sentirlo. Malgasté durante mi juventud mucho tiempo pensando en lo que no comería, auspiciado por el taladreo social de los discursos ramplones de autoestima y salud. Un cuerpo para otros, para ser aceptado, elegido, usado; que entrara en la norma corporal y estética. Desde niña, mi gordura fue otra capa más de opresión. La sociedad sigue obsesionada con las dietas, ya lo dice Virgie Tovar (2018) en su libro *Tienes derecho a permanecer gorda*, en el que señala la relación intrínseca entre sexismo y gordofobia; es un texto delicioso donde activa el desmantelamiento de dicha cultura de la dieta. Antes que ella, Naomi Wolf (1991), en *El mito de la belleza*, señaló que el narcótico político que padecían profundamente las mujeres, inhibiéndolas para accionar en favor de sí mismas, era la dieta. Preocuparse por la dieta implicaba asumir cualquier consecuencia hasta obtener belleza, por tanto, estima social.

Tener un cuerpo propio continúa en proceso. El tiempo, la sociología y los feminismos me han ido nutriendo o desyerbando este itinerario no lineal. Me tocó usufructuar el cuerpo gordo con el que nací, como muchas mujeres: estoy haciéndolo completo otra vez. Alrededor de hace seis años me topé en las redes sociales con el feminismo gordo, un posicionamiento político que cuestionaba de frente el sexismo que soporta el odio a los cuerpos de las personas gordas. Un *post* me llevaba a otro, buscaba a las autoras, las leía, las seguía, ellas me llevaban a otras, ellas a más textos y así, aún ahora. Cada vez surgen más voces y cuestionamientos por atender.

De mis primeras fascinaciones gordas, atesoro las reflexiones y poemas de Magda Piñeyro y su activismo en la página de Facebook *Stop gordofobia*, desde ahí confirmaba mis intuiciones más tempranas: mi cuerpo tenía la potencia de ser mío. Cuando me llegó el artículo “Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento”, de Paz Moreno (2014), pude esbozar algunas articulaciones teóricas, imaginar cuál era el tipo de cuerpo que me quería hacer, sentí la urgencia de asumir mi gordura y apreciarla finalmente; ansiaba dejar de definirme por el cuerpo que la cultura de la dieta me prometía en el futuro. El artículo fue tremendamente revelador. De manera más rotunda caí deslumbrada por la propuesta rumiante de Lucrecia Masson (2017), me atrajo su desafío a los límites impuestos sobre su cuerpo, asumí su texto como una invitación a pensarnos juntas y construir herramientas colectivas que activan

políticamente nuestros cuerpos no normativos; podía sentirme acompañada en este camino, otras también tentaban retozando nuevas maneras de ser y estar gordas en tiempo presente. Casi al mismo tiempo descubrí el *Manifiesto gordx* de Constanza Álvarez y Samuel Hidalgo (2014) y *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista* también de Constanza Álvarez (2014). El *Manifiesto...* fue para mí el llamamiento a salir de mis lugares de silencio, la resistencia que alentó a apretar el paso para llegar a ser la gorda que finalmente dejaba ver sus incisivos cuando era necesario; desde ahí el pudor, el asco y los buenos modales perdieron su resonancia en mi cuerpo. Con *Cerda punk...* volví a arremangarme el calzón, a mostrar mi gran panza suave, me mostró que mi gordura tenía experiencias que escribir; de ahí podría concretar mi propiedad corporal. Esperé con muchas ganas tener en mis manos *Cuerpos sin patronos, resistencias desde la geografías desmesuradas de la carne*, un libro de textos sudacas y traducciones compilados por Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016), lo leí de tirón y vuelvo recurrentemente a él, siento que no lo agoto, me continúa disparando preguntas o responde indirectamente otras planteadas con anterioridad. Puedo decir que lo hice mío con total deleite. Son muchos los textos sobre feminismo y activismo gordo que son significativos para mí, hasta aquí he mencionado los que considero son imprescindibles para comprender el proceso de creación de mi cuerpo propio. Es importante que retome *Tienes derecho a permanecer gorda*, de Virgie Tovar (2018), *fatshionista* chicana feminista gorda que acepta que ha abrevado del activismo *queer* para profundizar en la reflexión sobre los cuerpos gordos femeninos; a lo largo del libro hace un análisis de la cultura de la dieta y sus perversiones, es un texto que me interpeló y azuza al ingenio. Apunta experiencias que podría jurar son las mías; escribió mis pensamientos de niña gorda, inventamos artimañas similares para sobrellevar nuestra realidad inmediata repleta de personas gordo-odiadoras. Este texto de Virgie me trajo de vuelta el reflejo de mi cuerpo gordo en el remedo de bikini, mirando embelesada su panza, ha sido el dispositivo editor de la voz de mi madre: A las mujeres que hacen eso se les aparecen infinitas posibilidades de gozo, ¡baila!

Referencias

- Ahmad, A. (2016, julio, 14). *Moving beyond body positivity*. Recuperado de: <https://medium.com/@asamwrites/moving-beyond-body-positivity-81afb1322224>. Consultado: 30 de enero de 2020.
- Álvarez Castillo, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío editorial.
- Álvarez, C. e Hidalgo, S. (2014, octubre, 16). *Manifiesto Gordx*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/manifiesto-gordx/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Contrera, L. y Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- Cooper, C. (1998). *Fat & Proud: The Politics of Size*, London: The Women's Press.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Ediciones Bellaterra, S. L.
- Masson, L. (2017). *Epistemología rumiante*. México: Pensaré cartoneras.
- Moreno, P. (2014, septiembre, 15). *Hacer cuerpo: Gordura femenina y empoderamiento*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/hacer-cuerpo-gordura-femenina-y-empoderamiento/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Piñeyro, M. (2016). *Stop gordofobia y las panzas subversivas*. España: Zambra-Baladre.
- _____. (2019). *10 gritos contra la gordofobia*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Tovar, V. (2018). *Tienes derecho a permanecer gorda*. España: Editorial Melusina.
- Wolf, N. (1991). *El mito de la belleza*. Barcelona: Emecé.

